

LA ERMITA DE LAS NIEVES

Pedro Quintana Andrés

Doctor en Historia Moderna por la
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Es la ermita de Las Nieves una de las más notables y mayor raigambre popular de Gran Canaria, quizás la más, al estar unida a una fiesta casi de ámbito insular como es la Rama, la cual se celebra el 5 de agosto celebración de la Virgen de Las Nieves. La ermita, es una fundación que originariamente no tenía ningún tipo de relación con un rito tomado del mundo aborigen, en cuyo análisis no voy a entrar. Ver si está relacionado o no con los aborígenes, cuándo se crea ese rito como tal y las formas de transmisión cultural de éste son análisis socio-históricos unidos a la ermita cuyo resultado es la notable presencia de la fiesta de las Nieves dentro del imaginario popular actual. En todo caso, nos encontramos con una ermita creada para los hombres de tierra que, a lo largo del tiempo, se transformó en el símbolo de los hombres de la mar, con los marineros y pescadores del puerto de Agaete, mientras anteriormente se fundó con la intención de socorrer espiritualmente a la gente que

trabajaba en tierra, sobre todo, en el ingenio azucarero del lugar.



Se puede decir que la ermita de las Nieves fue una de las primeras fundadas por los conquistadores fuera del ámbito de la ciudad de Las Palmas, alejada de la influencia del cabildo catedral a finales del siglo XV. La ermita fue creada inmediatamente después de

la conquista y colonización del espacio de Agaete por Fernández de Lugo. La distribución de tierras y aguas mandadas a realizar por la corona a partir de 1480 comenzó a ser efectiva a partir de 1485, concediéndose definitivamente a Fernández de Lugo unas 90 hectáreas comprendidas desde la zona de la playa del lugar hacia el interior del valle de Agaete, con el agua de riego suficiente para los cultivos. El propietario destinó las tierras al cultivo del azúcar, con la intención de conseguir el suficiente capital y apoyos para empresas de mayor envergadura, caso de la conquista de La Palma y Tenerife. Ciñéndonos a la cuestión de la ermita, Fernández de Lugo es el fundador de la ermita de la Virgen de Las Nieves como tal.

La Virgen de las Nieves es una advocación muy celebrada en la zona de Galicia, sobre todo en las provincias de Lugo y Orense, sobre todo en algunos pueblos de las montañas del interior donde hay una fuerte tradición y devoción a la Virgen de Las Nieves. Precisamente la familia de Fernández de Lugo, como indica su apellido, procedía de esa zona y fue precisamente una devoción introducida en Gran Canaria y, posteriormente, tras la conquista de La Palma, en esa isla.

La advocación de la Virgen de las Nieves en Agaete no es un caso singular en Gran Canaria pues, como sabemos, también se

encuentran en el Palmar de Teror o en Marzagán. En Agüimes la ermita de la Virgen de las Nieves fue tomada por los dominicos como centro de su convento, desaparecido a mediados del siglo XIX.



El ingenio azucarero creado por Fernández de Lugo fue traspasado a Alonso de Herrera, siendo confirmada la venta por el monarca. Alonso de Herrera fue un alto dignatario dentro de la corte de los Reyes Católicos. Como Fernández de Lugo no podía transmitir la propiedad inmediatamente porque era una concesión real -data real-, dándosele permiso a Lugo para su traspaso de forma extraoficial. A partir de esos momentos Alonso de Herrera lo vincula a su mayorazgo transmitido a sus descendientes, de tal manera que, hasta finales del siglo XVII, los Herrera asentados en Toledo son los propietarios del ingenio de Agaete. Antón Cerezo sería el usufructuario, obligado a pagar una renta a los propietarios.

Antón Cerezo recibió la propiedad por parte de un consorcio de italianos que compraron a Fernández de Lugo el uso de la propiedad en Valencia, comenzando una sistemática explotación de las tierras y la producción de azúcar. Esas 90 hectáreas fueron, posiblemente, las más rentables de Gran Canaria durante la primera parte de la Edad Moderna, gracias al fértil suelo del lugar y la abundancia de aguas procedentes del heredamiento del Valle.

La pequeña ermita fundada por Fernández de Lugo, fue mejorada por Cerezo y su hijo Francisco de Palomares. Se reconstruyó, se realizó un continuado mantenimiento del edificio y, sobre todo, gracias al intercambio con Flandes, lograr adquirir para la ermita ornamentos capaces de dar realce a los patronos.

Los datos sobre la explotación, exportación e inversión en el ingenio son muy escasos debido a la desaparición de gran parte de la documentación de ese periodo, tanto privada como pública. Sí se sabe, a grandes rasgos, la existencia de un continuado envío de azúcar desde Agaete hacia Italia -Génova, Livorno- o Flandes, aunque se desconoce quién se encargaba de realizar las transacciones, qué tripulaciones llegaban, la inversión realizada en el acondicionamiento de tierras o en la

producción azucarera, etc. A lo largo de más de un centenar de años, las fuentes sólo nos ofrecen un ejemplo de embarque de azúcar a través del puerto de las Nieves hacia Flandes, cuando esta actividad debía ser cotidiana a lo largo de cada zafra.



La ermita, como se apuntaba más arriba, pese a enclavarse cerca de la playa del lugar, se construyó, sobre todo, para los trabajadores, esclavos y los propietarios del ingenio, acudiendo también a ella los marineros arribados al lugar. Los trabajadores recibían auxilio espiritual por parte de los frailes franciscano o el capellán dotado para determinadas misas.

El número de vecinos, trabajadores y esclavos debía ser importante pues el ingenio tenía una alta productividad y contaba con una extensa superficie agraria dividida en 13 grandes cercados plantados con cañas de diferentes calidades, además de existir tierras destinadas a cultivos destinados al consumo local (trigo, maíz, árboles frutales, hortalizas). En el cercado llama do *Las Candelarias*, se ubicaba las edificaciones del ingenio aunque las primeras edificaciones

de fines del cuatrocientos se encontraban cerca de la costa.



Durante el siglo XVI, la ermita se convierte en un referente para la zona de Agaete, aunque en la jurisdicción existía una iglesia parroquial bajo la advocación de Nuestra Señora de la Concepción. En ella la población recibía los distintos sacramentos a lo largo de su vida. La ermita no era un bien colectivo o abarcaba, como la parroquia, a toda la población, pues tenía carácter privado, siendo de uso exclusivo de las patronos. En ella Antón Cerezo y, posteriormente, su hijo, Francisco de Palomares, impusieron misas perpetuas pr sus almas o mandaron en sus testamentos se les sepultaran en su suelo. En una excavación de 1980 se recogieron diversos restos humanos, posiblemente de los citados y miembros de su familia.

La ermita experimentó diversos procesos de transformación desde su fundación. El edificio no era tan grande como el actual, posiblemente sus dimensiones eran menos de la mitad, manteniéndose aún de la existente antes del siglo

XIX el arco, el presbiterio y cuerpo principal. Al ser una ermita privada su evolución estuvo unida a la evolución económica de la hacienda. En el siglo XVI, en plena pujanza del azúcar, Antón Cerezo intentará fundar un monasterio cuya iglesia sería la ermita, aunque la crisis azucarera y los litigios sobre el pago de las rentas del ingenio frustrarán el proyecto.



Francisco de Palomares, cuando recibe la herencia del ingenio, se ve inmerso en la litigiosidad sobre el abono de las rentas del ingenio y, en un proceso de mayor dimensión, la crisis de la producción azucarera debido a la competencia de las producciones americanas. La crisis económica afecta, sobre todo, al ingenio azucarero de Agaete, reduciéndose el número de parcelas dedicadas a la caña de azúcar cada vez más. En cambio crecen las tierras cultivadas de cebada, centeno y vid. Se siguió produciendo caña de azúcar aunque progresivamente ésta va desapareciendo de la hacienda, cesando su cultivo en los años 30 del siglo XVII.

El lento declive productivo no fue un proceso tranquilo, al contrario, cada día Francisco de Palomares se encontraba más acosado por las deudas, cada vez más amplias al no abonarse las cantidades vencidas. En algunos casos se dejan de pagar 10 o 15 años, lo cual condujo a la ruina financiera de los usufructuarios. El ingenio pasa a manos de los acreedores, la mayoría negociantes genoveses, factores de banqueros genoveses y de la familia Herrera. Desde finales del siglo XVI hasta mediados de la siguiente centuria el ingenio es administrado por una persona contratada para tal fin o lo ha arrendado durante un determinado periodo de tiempo.

A finales del siglo XVI la crisis se ha instalado en Agaete, donde se pueden establecer tres grandes espacios sociohistóricos: el casco del pueblo, donde abunda la vivienda troglodita y hay una sistemática reutilización de la antigua vivienda aborígen. Los vecinos trabajan habitualmente en la explotación de las tierras del ingenio, en Tamadaba y Tirma donde desempeñaban oficios relacionados con la ganadería y la silvicultura. Otro pequeño grupo se estableció en la zona del Sao y la cabecera del barranco, dedicándose a la agricultura de pequeña extensión y a la ganadería; y un tercer sector del vecindario se localizó en la zona de costa.

A lo largo del siglo XVII las fuentes históricas son parcas en dar noticias sobre la ermita, aunque a mediados de la centuria se encontraba deteriorada, pasando sus utensilios, ornamentos y el cuadro del tríptico a ser custodiados en la iglesia parroquial. A finales de ese periodo el edificio se había dedicado a establo e cabras, lugar de pernoctación, etc. El fin de las abundantes rentas, las sucesivas administraciones y el descuido de los propietarios llevó a la casi desaparición de la ermita en este periodo.



A mediados del siglo XVII se produce un acontecimiento que favorecerá la recuperación del edificio religioso. Los propietarios del ingenio traspasan la propiedad a García del Castillo, vecino de Guía, que no sólo adquiere la hacienda

sino que desembolsa dinero en rehabilitarla la propiedad, entrando en este desembolso la reconstrucción de la ermita. En ella se empleó madera de pino procedente de Tamadaba, sobre todo en su techumbre. Posteriormente, 1714, pese a los esfuerzos realizados la ermita seguía teniendo problemas estructurales, por lo cual se hacen nuevas inversiones en su rehabilitación y se funda un patronato dotado con la intención de que generara las rentas necesarias para su sostenimiento.



La dotación constará de la renta devengada por una casa aborígen en las inmediaciones de la ermita y en contribuciones en dinero o cereal obligadas por algunos vecinos a favor del propietario de la hacienda.

A partir de estos momentos la ermita recibió un importante impulso económico que perdurará a lo largo del siglo XVIII, lo que facilitará su mantenimiento en las mejores condiciones.



En consonancia con los cambios operados en la ermita, también en Agaete en esa fase temporal se generan transformaciones sociales y económicas de cierta relevancia. Los cambios consistirán, a grandes rasgos, en volcar su producción hacia el mercado interior de Gran Canaria y Tenerife, sobre todo con el abastecimiento de cereal, mijo y vino, en especial aguardiente y vinagre. Cada vez se mira menos hacia el exterior y eso también repercute en la propia estructura social. Los arrendadores de las tierras del antiguo ingenio serían las cabezas visibles de la sociedad de Agaete, representantes del poder absentista. Ellos pertenecen a un grupo muy pequeño de vecinos con notables ingresos, residentes en la cercanía de la iglesia de la Concepción. El resto de la población vive casi en la subsistencia, empleando su fuerza de trabajo en la agricultura y la ganadería,

además de complementar sus ingresos con el trabajo parcial en la artesanía, en especial de telas basta de lana vendidas en Guía, Gáldar y Agaete. Esa producción la elabora, básicamente, mujeres. Estas actividades, como se ha mencionado, indican una población cada vez más cercana a la subsistencia con la necesidad de multiplicar sus ingresos para poder sobrevivir. Esta situación se releja en la tipología de los ajuares legados en los testamentos. Los del siglo XVII eran mucho más abundantes y variados debido al mediano consumo de los vecinos. A principios del siglo XVII, por ejemplo, en casi ninguna casa faltaban sillas, una mesa o un lebrillo, mientras a mediados del siglo XVIII muchas casas solamente registran la presencia de lebrillo para amasar gofio.

En el siglo XIX el edificio de la ermita experimenta una brusca transformación con la casi total desaparición de su estructura original. El cuerpo principal se amplía, en la fachada se añade dos torreoncillos y se compran nuevas campanas, además de construirse una nueva cerca más alta alrededor del edificio. Las transformaciones se hace por la familia Armas -cuyo poder económico se ha forjado al amparo de los terratenientes del lugar-, deseosa de adaptar la el edificio a los nuevos aires religiosos imperantes en Gran Canaria, además de demostrar ante sus

paisanos el poder económico alcanzado que les permite ayudar y fomentar el culto de una advocación tal querida entre la población.
